

# Contra la educación

Friedrich Nietzsche

Traducción  
de  
Maite Donoso

**Letraherido**



Primera edición: febrero de 2023  
Título original: *Über die Zukunft unserer Bildungsanstalten*  
Publicado por primera por Universidad de Basilea en 1872 en Suiza  
© de la traducción: Maite Donoso, 2023  
© de la presente edición: Editorial Letraherido, 2023  
Avda. Pumarín, 7, Oviedo - 33001  
[www.editorialletraherido.com](http://www.editorialletraherido.com)  
ISBN: 978-84-126665-1-9  
Depósito legal: AS 00229-2023  
Maquetación y diseño: Ed. Letraherido.  
Imagen de la cubierta: *Vintage Schoolroom* de J. Battaglia.  
Impreso en España por Cimapress SL

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917 021 970 - 932 720 447)

Todos los derechos reservados. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso por escrito de los titulares de sus derechos.

Contra la educación

## Introducción

El título que he dado a mis lecturas debería ser tan certero, claro y preciso como sea posible, pero ahora me doy cuenta de que quizás he dado demasiado en el clavo y por ello se vuelve paradójicamente impreciso, por lo cual me veo obligado a empezar explicando su razón de ser a mi estimado público, junto con el propósito de estas lecturas, y en caso de ser necesario disculparme. En el título he prometido hablar contra la educación, pero con ello no me refiero en absoluto al presente y futuro de nuestros centros de enseñanza aquí en Basilea. Por más que pudiera parecer que estos sirven de base a muchas de mis afirmaciones hechas con carácter general, yo no me sirvo de ellos con tal propósito y en consecuencia se comprenderá que no tengo ninguna intención de asumir tal responsabilidad. Por una sencilla razón: yo me considero foráneo aquí y estoy poco familiarizado con el estado particular de la enseñanza aquí en Basilea para poder emitir un juicio bien fundado al respecto, o hacer cualquier tipo de predicciones sobre su futuro con un mínimo de seguridad. Por otro lado soy muy consciente del lugar donde pronuncio estas palabras, concretamente en una ciudad que intenta fomentar la educación y la formación de sus ciudadanos en la excelencia, en una medida que debería avergonzar a ciudades con más medios. Así que seguramente no me equivoco cuando intuyo que aquí, donde se *hace* más por la educa-

ción, también se *piensa* más en ella. Precisamente mi deseo, sí, también mi condición, para llevar a cabo aquí estas lecturas, era poder entrar en contacto con personas que han reflexionado tanto sobre todas las cuestiones relativas a la educación y la formación de la persona como lo han hecho ustedes por propia iniciativa. Considerando la envergadura de la tarea y la brevedad del tiempo de que disponemos, yo solo puedo dirigirme a unos interlocutores como ustedes, con la certeza de que entenderán inmediatamente lo que solo puede ser insinuado y añadirán lo que debe ser callado, porque ustedes no necesitan que les enseñen, solo que les recuerden.

Pero si debido a mi limitado conocimiento al respecto, me niego tajantemente a entrar a considerar el estado de la enseñanza y sus instituciones en Basilea, todavía estoy menos dispuesto a hacer profecías sobre el futuro próximo de la enseñanza y sus instrumentos a partir del panorama que nos ofrecen las civilizaciones actuales. Mi mirada se pierde en la extensión descomunal del campo visual, del mismo modo en que no puede discernir nada en la proximidad más absoluta. Por *nuestras* instituciones de enseñanza yo no entiendo ni las de Basilea ni las innumerables formas de instrucción que actualmente se pueden observar entre todos los pueblos del mundo, sino que me refiero exclusivamente a las *instituciones alemanas* de esa índole, de las que también aquí tenemos que alegrarnos. Nosotros debemos ocuparnos del futuro de esas instituciones, es decir, del futuro de la Escuela Pública alemana, de la Escuela Real alemana, del Instituto alemán y de la Universidad alemana, y al hacerlo debemos prescindir de todo tipo de comparaciones y valoraciones y sobre todo evitar la ilusión halagadora e hipócrita de que su estado en relación con las de otros pueblos sea ejemplar e insuperable. Sí, son nuestras escuelas y no por casualidad están relacionadas con nosotros, no nos las podemos quitar de encima como la toga, sino que son monumentos vivientes de movimientos culturales significativos, en algunos casos incluso se pueden considerar nuestra casa paterna. Las

instituciones de enseñanza nos mantienen en contacto con el pasado de la nación, sus rasgos esenciales son una herencia luminosa y honorable y yo solo puedo concebir su futuro como un acercamiento a los ideales que animaban el espíritu al que le deben su existencia. Por eso mismo estoy convencido de que los numerosos cambios que el presente está operando en ellas, para hacerlas más «actuales», en gran medida no son más que renglones torcidos y desviaciones del noble propósito original que sirvió de base a su fundación. En este sentido lo que deberíamos esperar del futuro es una renovación, tonificación y purificación generalizada del espíritu alemán, que a su vez debería ayudar a renacer a esas instituciones y luego, después de ese renacimiento, estas deberían parecer al mismo tiempo nuevas y viejas, mientras que ahora todas se proclaman únicamente «modernas» y «actuales».

Solo en relación con esta esperanza yo puedo hablar del futuro de nuestras instituciones de enseñanza. Y ahí precisamente radica el segundo punto por el que quiero pedir disculpas por adelantado. La mayor de todas las osadías es jugar a ser un profeta y caer en el ridículo de decir al mismo tiempo que no se quiere ser uno. Nadie puede hablar del futuro de nuestra enseñanza y de los métodos de enseñanza en el tono de un visionario, si no puede demostrar previamente que esa enseñanza futura en cierto grado ya existe en la actualidad y lo único que tiene que hacer es desarrollarse muchísimo más, para poder ejercer su influencia sobre la escuela y los institutos. Pero ahora me han autorizado, como si fuera un arúspice, a adivinar el futuro a partir de las entrañas del presente, lo que en el caso que nos atañe supone ni más ni menos que proclamar la victoria final de una tendencia ya presente en la educación actual, a pesar de que dicha tendencia ahora mismo no sea apreciada, honrada ni se halle demasiado extendida. Pero estoy casi totalmente seguro de que esa tendencia ganará, porque cuenta con el aliado más grande y poderoso que se pueda concebir: la *naturaleza*. A este respecto no podemos ocultar que nuestros métodos de

enseñanza modernos se basan en unos principios que llevan en sí la seña de lo artificial y que la correspondiente debilidad endémica de nuestro tiempo está directamente relacionada con su artificiosidad. A quien quiera sentirse uno con el tiempo presente y considerarlo como algo «inevitable», a ese nosotros no lo envidiamos en absoluto, ni por esa creencia ni por ese modismo escandalosamente erudito: «inevitable». Pero quien, sosteniendo el punto de vista opuesto, se sienta desesperado por la actual situación de la educación, ese tampoco necesita luchar más y puede refugiarse en la soledad. Pero entre los «inevitables» y los solitarios se encuentran los *luchadores*, es decir, aquellos que están llenos de esperanza, cuya encarnación más elevada y noble es nuestro grandioso Schiller, tal y como Goethe nos lo describe en el epílogo que escribió para *La campana*:

Ahora sus mejillas arden cada vez más rojas,  
por esa juventud que nunca nos abandona,  
por ese valor que, antes o después,  
derrota a la oposición del mundo obtuso,  
por aquella fe, que nace siempre de un ideal elevado,  
para luego esperar pacientemente,  
a que el bien actúe, crezca, resplandezca,  
a que llegue finalmente el día de los nobles.

Lo que he dicho hasta ahora debe ser comprendido por mi estimada audiencia como una introducción cuyo propósito no es otro que ilustrar el título de mis lecturas y evitar posibles malentendidos y protestas injustas. Y ahora, antes de entrar en materia, en el preámbulo de mis consideraciones, conviene delimitar el horizonte de mi pensamiento, a partir del cual intentaré emitir un juicio de nuestras instituciones de enseñanza y formular sin ambages una teoría, que a modo de escudo de armas recuerde a todos los que lleguen en qué casa están a punto de entrar, no vaya a ser que, después de haber estudiado ese escudo de armas, prefieran dar la espalda a un lugar distinguido con esos signos. Mi teoría reza como sigue:

Dos corrientes aparentemente contrarias, pero cuyos efectos son igual de lamentables y cuyos resultados finalmente convergen, dominan en la actualidad nuestras instituciones de enseñanza, fundadas originalmente sobre unos principios completamente distintos. En primer lugar nos encontramos con el impulso de *ampliar la educación* tanto como sea posible, en segundo lugar con el de *protegerla contra cualquier forma de debilitamiento*. De acuerdo con el primer impulso, la educación debe ser extendida cada vez a más círculos sociales; de acuerdo con el segundo, se invitará a la educación a que renuncie a sus pretensiones elevadas, personales y soberanas y se someta servilmente a otra forma de vida, concretamente a la del estado. En vista de las funestas tendencias de la extensión y de la protección, uno podría desesperarse, si no fuera posible luchar para que triunfen alguna vez dos tendencias opuestas, verdaderamente alemanas y con mucho futuro por delante, concretamente la tendencia a la *reducción y concentración* de la educación, como antítesis a su ampliación desmesurada, y la tendencia a su *fortalecimiento y autosuficiencia*, como antítesis a su protección. A nosotros nos legitima a creer en la victoria de estas dos tendencias el hecho de que sabemos que la ampliación y la protección de la educación van en contra de un propósito eterno de la naturaleza, porque la concentración de la cultura en unos pocos es una ley natural, una verdad absoluta, y por ello de acuerdo con esos dos impulsos solo se puede conseguir fundar una cultura falsa.



## Prólogo

El lector del que puedo esperar algo de comprensión debe estar en posesión de tres características: debe ser tranquilo y leer sin prisa, no debe pensar en sí mismo ni en su «educación» y finalmente no debe esperar, al final, algo así como resultados, o gráficas. Yo no prometo gráficas ni nuevos planes de estudio para los institutos y las escuelas reales, más bien me asombro de la fortaleza natural de aquellos que están en condiciones de recorrer la distancia que va desde el fondo del empirismo hasta la cima del problema de la cultura y luego llegar desde esta a las profundidades de los reglamentos áridos y las gráficas hermosas; yo en cambio me alegro cuando entre jadeos consigo subir a la cima de una montaña y desde allí puedo disfrutar de la vista panorámica, así que me temo que en este libro no voy a poder dar ninguna satisfacción a los amigos de las gráficas.

Veo acercarse un tiempo nuevo, en el que los hombres serios, al servicio de una educación renovada y purificada y trabajando en comandita, se convertirán de nuevo en los legisladores de la educación general, la educación para una cultura nueva; aunque probablemente luego acaben haciendo de nuevo gráficas, ¡pero qué lejos está todavía ese día! ¡Y cuánto debe acontecer todavía! Quizás para que ese día llegue tengan que provocar la destrucción del instituto, quizás incluso la destrucción de la universidad o por lo menos una reconstrucción total

de esas instituciones de enseñanza, cuyas viejas gráficas se podrán exhibir a la posteridad como los restos de Edad de Piedra.

Este libro está destinado al lector tranquilo, a personas que todavía no se han dejado arrastrar por la vorágine de nuestra época vertiginosa y que no encuentran un placer idólatra en dejarse aplastar por su ruedas, es decir, ¡a un puñado de personas!, que no pueden ni quieren acostumbrarse a determinar el valor de cada cosa de acuerdo con el criterio de la ganancia o la pérdida de tiempo que les procura, porque «todavía tienen tiempo» y todavía disfrutan del derecho a buscar y elegir las mejores horas del día, sus momentos más fecundos y de mayor fuerza, sin hacerse reproches a sí mismos, para reflexionar sobre el futuro de nuestra educación; las personas a las que me refiero todavía creen que han pasado el día de una forma provechosa y digna si lo han pasado inmersos en la *meditatio generis futuri*. Una persona así todavía no se ha olvidado de pensar, mientras lee todavía comprende el secreto que se esconde entre las líneas, sí, se ha convertido en un derrochador de tiempo tal que todavía reflexiona sobre aquello que ha leído, quizás hasta mucho tiempo después de que haya cerrado el libro con sus manos. Y ciertamente no para escribir una crítica u otro libro similar, sino solo ¡para reflexionar! ¡Derrochador criminal! ¡Él, que es suficientemente tranquilo y no conoce la preocupación, se permite el lujo de acompañar al autor por un largo camino, cuya meta solo podrá observar con total claridad una generación cuyo advenimiento todavía está muy lejano! Por el contrario cuando nos encontramos con un lector altamente excitado, dispuesto a ponerse inmediatamente manos a la obra, para recoger en el acto el fruto de la lectura, que generaciones enteras apenas han podido desgranar, entonces podemos estar casi seguros de que no ha entendido al autor. Finalmente la demanda tercera e importantísima consiste en que el lector en ningún caso, a diferencia del hombre moderno, debe pensar ininterrumpidamente en sí mismo y su educación como en una unidad de medida y un criterio infalible de todas las cosas. Nosotros deseamos

más bien que sea suficientemente cultivado para tener en poca cosa su educación, sí, incluso para despreciarla, entonces podría entregarse confiadamente a la dirección del autor, que solo se atreve a hablarle desde la ignorancia y la consciencia de su ignorancia. Porque el autor no presume de nada que no sea su agudo sentido para el rasgo distintivo de nuestra barbarie alemana actual, para eso que distingue significativamente a los bárbaros del siglo diecinueve de los bárbaros de otras épocas.

Ahora, con este libro en la mano, el autor busca a aquellos a los que anima un sentimiento similar. Dejad que os encuentre, individuos, ¡yo creo en vuestra existencia! ¡Vosotros, altruistas, que sufrís en vuestras carnes los males y el empobrecimiento del espíritu alemán; vosotros, los tranquilos, que no tanteáis con miradas apresuradas el exterior de las cosas, sino que sabéis encontrar el camino a su esencia; vosotros, los inteligentes, de quienes Aristóteles decía que iban por la vida vacilando y sin hacer nada, excepto cuando un gran honor y un gran trabajo los demandaba! ¡A vosotros os llamo! ¡No os escondáis de mí en la cueva de vuestro aislamiento y desconfianza! ¡Sed por lo menos lectores de este libro para después, con vuestros hechos, destruirlo y hacer que se olvide! Pensad que está concebido para ser vuestro heraldo: Si vosotros, ataviados con vuestra propia armadura, aparecéis primero en el campo de batalla, ¿quién podría tener luego el deseo de echar un vistazo al heraldo que os llama a la lucha?



## Lectura primera

Estimada audiencia,

El tema sobre el que ustedes están invitados a reflexionar conmigo es tan serio e importante y en cierto sentido tan inquietante que también yo, como ustedes, iría a hablar con cualquiera que prometiera enseñarme algo al respecto, por más joven que fuera, por más improbable que pudiera parecer que ese individuo, con sus propias fuerzas, pudiera realizar algo satisfactorio en relación a dicha tarea. En cualquier caso sería posible que él hubiera *escuchado* algo sensato sobre la inquietante cuestión del futuro de nuestras instituciones de enseñanza, que podría repetirles a ustedes si fueran a verlo; sería posible que él hubiera tenido profesores excelentes, que se sintieran más dispuestos a hacer profecías sobre el futuro y ciertamente, igual que un arúspice romano, a partir de las entrañas del presente. De hecho ustedes esperan algo por el estilo de mí. En una ocasión, debido a circunstancias extraordinarias, pero en el fondo perfectamente inocuas, yo fui testigo de unas conferencias que dieron sobre este tema unos hombres notables y en mi memoria se quedaron grabados a fuego los puntos principales de sus consideraciones y el modo en que abordaron estas cuestiones, con el único objetivo de que yo, cuando reflexionara sobre cuestiones similares, no cometiera los mismos errores que ellos. Solo que a mí a veces me falta el

valor y el optimismo que aquellos hombres revelaron entonces ante mí, para mi asombro, tanto con sus osadas manifestaciones sobre verdades prohibidas como con sus esperanzas todavía más osadas. Por eso mismo me parece especialmente necesario mencionar su discurso para invitar a otros a que emitan su juicio sobre opiniones y declaraciones. Yo considero que, debido a razones de peso, puedo utilizar a tal fin la oportunidad que me brindan estas lecturas públicas.

Yo soy muy consciente de dónde estoy y a quiénes invito a reflexionar y meditar sobre la cuestión que nos ocupa, concretamente en una ciudad que procura fomentar con todos sus medios la educación y la formación de sus ciudadanos, en una medida que sin duda debería avergonzar a ciudades de más tamaño y recursos; de forma que como ya he dicho en el prólogo no me equivoco si asumo que aquí donde se ha *hecho* más por la educación, también se ha debido *pensar* más en ella. Solo una audiencia así puede entender mi propósito repitiendo lo que se dijo en aquellas conferencias, una audiencia que adivina inmediatamente lo que simplemente se insinúa, que completa lo que debe callarse y a la que no hay que enseñar, sino solo recordar lo que ya sabe.

Y ahora, distinguida audiencia, escuchen el relato de aquella mi experiencia y el discurso no carente de peligro de aquellos hombres cuyo nombre haré bien en omitir.

Pero primero debemos ponernos en la piel de un joven estudiante, es decir, en una situación que, debido a la agitación incesante y vertiginosa del presente, se ha vuelto casi increíble. Es necesario haberla conocido personalmente para poder considerar posible semejante dejarse llevar, indiferente a cualquier preocupación, y semejante conformidad con los tiempos que corren. Yo viví así en compañía de un amigo de mi misma edad, en la ciudad universitaria de Bonn am Rhein. Yo recuerdo aquel año como algo soñado, debido a la ausencia total de planes y objetivos, a la carencia de cualquier perspectiva de futuro, mientras que soy perfectamente consciente de los espacios

temporales que lo delimitan, el antes y el después. Por entonces nosotros dos vivíamos tranquilamente, a pesar de que nos encontrábamos en un ambiente de camaradería tumultuosa que estimulaba y excitaba a algunos, y en ocasiones nos veíamos obligados a resistirnos a las exigencias acaso demasiado vitales de nuestros compañeros, aunque es justo reconocer que no siempre lo lográbamos. Ahora, en retrospectiva, esa oposición a unas inclinaciones que nos eran contrarias me recuerda esos obstáculos que todos experimentamos en sueños, por ejemplo cuando alguien cree que puede volar, pero se siente pegado a la tierra por un elemento no determinado.

Yo tengo muchísimos recuerdos de la primera infancia en compañía de ese buen amigo, de nuestros días de colegio, y me gustaría describir *uno* de ellos en más detalle, porque significó un antes y un después para mí. A este amigo y a mí, durante nuestro primer viaje al Rin, que hicimos a finales de verano, se nos ocurrió el mismo plan, casi al mismo tiempo y en el mismo lugar, pero a cada uno de forma independiente. Debido a esa casualidad extraordinaria nos sentimos obligados a realizarlo. Así que decidimos fundar una pequeña hermandad con unos pocos camaradas con el propósito de disponer de una organización sólida y comprometida que se hiciera eco de nuestros intereses en el ámbito del arte y de la literatura; dicho de forma simple y llana, cada uno de nosotros se comprometía a presentar cada mes una obra propia, ya fuera un poema, un tratado, un boceto arquitectónico o una creación musical, sobre la que los demás debíamos realizar con sinceridad absoluta una crítica honesta. De esta forma nosotros creíamos por un lado estimular y por otro atar en corto nuestro instinto de educación por medio del escrutinio mutuo. Y a decir verdad el éxito del experimento fue tal que mi amigo y yo siempre guardamos un grato recuerdo del momento y del lugar en los que se nos ocurrió la idea.

Esa gratitud encontró rápidamente su expresión apropiada, cuando ambos nos comprometimos a visitar una vez al año el solitario lugar de Rolandseck, a ser posible el mismo